



**José Tomás de Cuéllar**

## **Anselmo**

El hombre de las piñatas había llegado a la casa del general, como él la llamaba; pero nosotros, a fuer de historiadores, debemos tener alerta a los lectores en materias de traslación de dominio y de títulos colorados; porque en los tiempos que corren no es remoto encontrar un general que no lo sea; y en cuanto a lo de su casa, se nos antoja que hay asunto para pasar el rato.

Lupe y Otilia llegaron a la casa cuando ya alumbraba la luz eléctrica.

El de las piñatas entregó la novia, y recibió los catorce reales; pero mientras calentaba aquellas monedas en la mano, pensaba en que la casa del general le era propicia, y que no debía abandonarla. Ofreció, pues, sus servicios a las niñas: llevar ramas de cedro, y aun insistió en que se le comprara otra piñata, que, como hemos dicho, representaba un general.

El tal vendedor era un viejo harapiento, muy conocido en las inspecciones de policía, en Belén y en el hospital de San Pablo. Los practicantes le habían visto los sesos y las entrañas, y contemplaban a Anselmo, pues tal era su nombre, con el interés científico que les había inspirado aquel borracho, salvado dos veces por milagro de una herida en el vientre y otra en la cabeza.

Lupe y Otilia fueron benignas con Anselmo, y con razón; estas niñas estaban muy contentas, eran muy felices y... ya irá sabiendo el curioso lector cuántos motivos tenían para sentirse tan bien y tan capaces de generosidad y otras virtudes.

La cocina de aquella casa era espaciosa; la había hecho un joven

ingeniero muy hábil y muy ilustrado, de manera que tenía horno de ladrillo. Es cierto que en materia de brasero la cocina aquella, como todas las de México, estaba a trescientos años de la fecha; todavía el aventador se sobreponía a las verdades científicas de la pesantez del aire y de producción de calórico; pero esto era porque el ingeniero había dirigido aquello al estilo del país, por encargo de una tía suya.

Había hasta cuatro criadas, de las cuales dos revelaban, por su facha miserable, su carácter de supernumerarias.

La austera vigilia, la abnegada penitencia y la mortificación de la carne, aparecían de bromita en aquella cocina. La virtud disfrazada y del brazo con la gula, celebraban, como en carnaval, el portentoso acontecimiento de la cristiandad. Lúculo y Heliogábalo acudirían gustosos a la fiesta, entrando por la cocina. El bacalao y el robalo volvían a tomar un baño frío después de muchos meses; las criadas limpiaban romeritos y condenaban a la nada algunos millones de generaciones de moscos, haciendo una torta con sus huevos. De blancas rebanadas de jícamas hacían figuritas que iban a teñirse con la materia colorante de la remolacha en la ensalada de Noche Buena; ensalada clásica y tradicional que, en fuerza de mezclar frutas y legumbres heterogéneas, ha dado su nombre a piezas literarias y a cuerpos colegiados, pero que concentra la alegría de los comensales, y es la prosodia de esa cena de familia que lloran los muertos.

Lupe y Otilia recibían a dos cargadores que llevaban cajones con vinos y conservas alimenticias de parte de Quintín Gutiérrez; y cuando acabaron de recibir las latas de pescados y una batería de botellas, leyeron un papelito que decía: «De parte del general N... para la casa número 2, calle de... etc. Gutiérrez».

Y ya eran dos personas, hasta ahora, las que ceñían la banda al señor de aquella casa: el hombre de las piñatas y Quintín Gutiérrez.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**